

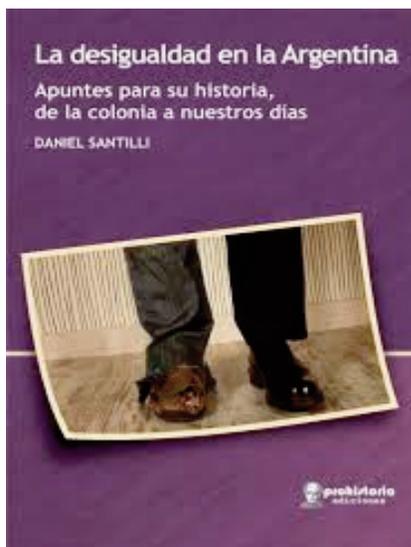


Reseña / POR IGNACIO ANDRÉS ROSSI*

Daniel Santilli (editor)

La desigualdad en la Argentina Apuntes para su historia, de la colonia a nuestros días

Prohistoria ediciones, 2019, 119 pp



* Licenciado en Historia y maestrando en Historia Contemporánea. Investigador en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS).

El nuevo libro del historiador Daniel Santilli es fruto de la iniciativa general de los estudios sobre desigualdad vertical-económica en la historia del siglo XIX, conducidos por el difunto historiador Jorge Gelman en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani desde hace una década. El autor entiende que la desigualdad es un debate que recobra vigencia a la luz de las preocupaciones del presente en sociedades que, a pesar de las predicciones de economistas ortodoxos, no logran disminuirla.

Al margen de los límites que se le imponen a Santilli como especialista en la primera mitad del siglo XIX, el mismo asume la perspectiva de que los historiadores deben responsabilizarse a la hora de responder a las inquietudes del presente: hoy la desigualdad en Latinoamérica es una preocupación central y por ello este libro extiende el análisis hasta el presente. La propuesta de la obra es formular un largo alcance metodológico que permita reflexionar sobre la práctica profesional del historiador, pensar en una metodología para medir de punta a punta la desigualdad en el territorio argentino, examinar la evolución histórica de esa desigualdad y lograr un registro historiográfico de la misma, aunque por momentos cir-

cunscribiéndose a la ciudad y la campaña de Buenos Aires debido a la escasez de estudios regionales y nacionales.

El primer capítulo se centra en los últimos años de la colonia y el modelo agroexportador, y el eje de la desigualdad está puesto en el acceso a la tierra y la propiedad del ganado. Donde el primero es altamente desigual, el segundo muestra cierta flexibilidad, situación observable a través de los diezmos eclesiásticos y de una aplicación del coeficiente de Gini. También se destacan ciertas disparidades entre la ciudad y la campaña. Al respecto de las primeras décadas del siglo XIX y el periodo de guerras civiles que desató el proceso de independencia, Santilli afirma que durante esos años puede detectarse una caída pronunciada de la desigualdad, producto del mayor esfuerzo aportado en aquellos conflictos por los sectores que más riquezas poseían. La tendencia, sin embargo, fue revertida entre 1839-1855, lo cual es atribuible a los esfuerzos demandados por el abastecimiento de la ciudad y la escasez de mano de obra en mercados rígidos. A partir de Caseros, en 1855, todo parece indicar que la legitimación del gobierno central —que produjo una liberalización que implicaba el incentivo a la inmigración combinada con la expansión fronteriza— permitió ser una válvula de escape para

la sociedad. No obstante, el aumento del acceso a la tierra no significó la caída de la desigualdad en los partidos analizados, donde se observa un acceso concentrado y desigual más un deterioro de la relación entre la tierra y el salario. Así y todo, el autor concluye en que la desigualdad medida en el acceso a la tierra no pareció afectar de la misma manera a los pobladores de la ciudad, donde se observa una mejora en la tendencia de los salarios y la canasta de bienes atribuible a la bonanza de la exportación de cueros y a la mayor capacidad de negociación de los trabajadores que coincide, a su vez, con una mejor alimentación medida en términos antropométricos.

El segundo capítulo analiza la etapa del modelo agroexportador (1880-1914) y el nivel de vida es medido a través del salario real y otros aspectos cualitativos. A través de los datos recopilados por historiadores especialistas como Martín Cuesta y Roberto Cortés Conde, Santilli asegura que en el momento de mayor esplendor del modelo agroexportador, a pesar de haber aumentado el nivel de ingresos de los pobladores urbanos, la desigualdad se incrementó como producto de las amplias dificultades en el acceso a la tierra. La conclusión del historiador, teniendo en cuenta que una mejora del nivel de

ingresos no significa necesariamente una mejora en el plano alimentario, es que la mayor desigualdad también se explica por los trabajadores golondrina propios del periodo, con un mayor grado de autoexplotación y expectativas en volver a sus países. El modelo dorado de agroexportación, en definitiva, produjo mayores desigualdades que, como afirma el autor, llegarían a un límite con las protestas sociales durante las primeras décadas del siglo XX, como el icónico Grito de Alcorta de 1912.

En un tercer capítulo el abordaje se encuentra centrado en la etapa mercado internista (1930-1975), caracterizada por la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y la posterior industrialización dirigida por el Estado (IDE) hasta el consiguiente periodo de liberalización económica. En este lapso, la propuesta metodológica extiende la mirada desde Buenos Aires a la Nación en su conjunto gracias a las primeras nacionalizaciones de datos que lentamente comenzaban a incorporarse desde el interior del país. El incremento del salario real durante la década de 1920, confirmado por varios trabajos actuales, solo tuvo un *impasse* con la Gran Depresión y la consecuencia de un altísimo costo de vida, mayor al pensado hasta hoy por los historiadores, según asegura Santilli a raíz de las investiga-

ciones de Cecilia Lanata Briones. Entre 1945-1949 se produjo un salto que triplicó el salario real de 1914, aunque Santilli advierte sobre los riesgos que conlleva continuar las mediciones con una canasta de consumo construida para 1914 e ignorar los hallazgos de la autora mencionada en materia de evolución salarial poscrisis de 1930. Además, una mejor categorización salarial dividida en ramas y la metodología para medir la distribución funcional del ingreso (DFI) en los años treinta –perfeccionada a través de la fórmula construida por los historiadores Lucas Llach y Pablo Gerchunoff–, le permiten discutir las aseveraciones de economistas que como Simón Kuznets. Éstas aseguran que los procesos de desarrollo industrial implican, luego de un aumento inicial de la desigualdad, un crecimiento continuo de la economía en beneficio del conjunto de la sociedad. Por el contrario, el autor señala la fluctuante caída de la DFI desde los años cincuenta hasta 1995. Así y todo, la relación entre el salario real y la inflación en el periodo de bonanza desarrollista parece indicar que los sindicatos aprovecharon el poder de negociación para obtener mejoras salariales aunque, a diferencia del primer peronismo, se tradujo en beneficios para la mano de obra calificada. Resultan también importantes las advertencias de Santilli sobre dudar in-

cluso de sus observaciones y la necesidad de seguir indagando en las especificidades de las canastas de consumo, los salarios en sus diversas categorías, priorizar los estudios regionales y tratar de aplicar metodologías similares para lograr comparaciones a largo plazo.

El cuarto y último capítulo consiste en un examen de la desigualdad desde 1975 hasta nuestros días. El autor destaca cómo, luego de la transición democrática argentina, el desarrollo de metodologías como el coeficiente de Gini, la curva de Lorenz o el índice de Theil, entre otros, abrieron paso a renovados instrumentos y técnicas de medición como el de la DFI. Santilli asegura que hasta esta etapa existieron momentos un tanto paradójicos en la situación de los trabajadores, ya que una mayor participación del trabajo en el Producto Bruto Interno (PBI) sobre la base de una mayor cantidad de mano de obra no necesariamente implicó un mejoramiento de las condiciones individuales y colectivas. Sin embargo, el papel principal que adquirió el trabajo desde la posguerra en nuestro país sufrió un golpe de gracia a partir del Rodrigazo de 1975 y las transformaciones en materia de apertura económica y comercial que instalara la dictadura de 1976. A pesar de una fluctuante y modesta recuperación de la participación de los trabajadores

en el PBI desde 1983 hasta 1993, el autor muestra cómo la pobreza –medida en una línea de ingresos mínimos familiares e individuales– se incrementará notablemente durante la década neoliberal de 1990. En estos años el autor destaca la gran sensibilidad al desempleo a través de la medición del ingreso mínimo (LB) y cierta constancia en necesidades básicas insatisfechas (NBI). Pero su hipótesis principal arremete contra el neoliberalismo y la teoría del derrame que lo sustenta al asegurar que el aumento del PBI producido en aquellos años contrastó con el coeficiente de Gini y la disparada de los índices de desigualdad.

Como destaca Santilli, el incremento del porcentaje de los sectores más ricos de la sociedad que participaban del total de los ingresos aumentó, según las mediciones estimadas, desde 1974 hasta 2004, lo que coincide con las investigaciones que hiciera el economista Thomas Piketty. Finalmente, el autor considera cómo, a pesar de la reversión de los índices de desigualdad y pobreza durante los años de los progresismos de izquierda en Latinoamérica –estimaciones ratificadas por los más prestigiosos observatorios de la Argentina–, puede detectarse un freno que constituye hoy motivos para luchar contra una desigualdad histórica con variados ins-

trumentos contemporáneos de medición. El freno sustentando principalmente en una caída de los términos de intercambio a partir de 2008 también lleva a Santilli a incentivar los debates sobre la posibilidad de promover un modelo de desarrollo más sostenible a lo largo del tiempo, de acuerdo a los problemas de nuestra época, mediante una transformación de la matriz de segmentación y marginalidad que aún caracteriza a la sociedad argentina.

Este trabajo es un insumo central para que los historiadores puedan pensar en desarrollar variables constantes de medición a lo largo del tiempo y así superar las engorrosas explicaciones que hasta ahora brindan los enganches de datos más o menos arbitrarios. Pero este libro resulta ser un aporte central no solo para historiadores económicos interesados en el problema de la desigualdad, sino para un público amplio de científicos sociales preocupados por la posibilidad de generar una sociedad más justa, teniendo al papel del Estado y de la distribución del ingreso como principales motores para generar una reducción significativa de la desigualdad.